

ministros españoles se contentarían en lo sucesivo con el segundo rango. En Roma, habiendo sido insultado el embajador francés por los Corsos que estaban sirviendo al papa, fue menester que Alejandro VII echase de sus Estados á los instigadores de aquellos tumultos, y que elevase una columna con una inscripción que manifestara la ofensa y la reparación. Siendo atacado el emperador de Austria por los Turcos, Luis se mostró digno de su título de *rey cristianísimo*, enviando á su socorro 6,000 hombres y ayudándole á ganar la gran batalla de San Gothardo. El Portugal, que luchaba siempre contra la España, recibió también de la Francia dinero y tropas que aseguraron en el trono á la familia de Braganza, contribuyendo á la victoria decisiva de Villaviciosa. En fin, el gran rey sostenía la rivalidad que se había elevado entre la Inglaterra y la Holanda, porque quería que estas dos potencias se debilitasen mutuamente.

Conquista de Flandes y del Franco Condado (1667-1668). Mientras que Luis XIV se hacía de esta manera el árbitro soberano de toda la Europa, la Francia se fortificaba bajo su poder, los ejércitos se formaban y los arcas reales se llenaban. Pronto tuvo la ocasión de emplear todos estos abundantes recursos. Habiendo muerto Felipe IV, pretendió que tenía derechos por su mujer sobre Flandes, el Brabante y el Franco Condado según la ley de *devolución* (1). Es cierto que ya infanta había renunciado á todos sus derechos sobre las posesiones españolas al entrar en Francia; pero como nunca se la había pagado su dote, Luis XIV sostenía que por este mismo estaba libre de su promesa. Por otra parte si le faltaban los derechos tenía en su favor la fuerza. Turena se apoderó de Flandes en tres meses, y el año siguiente Condé se hizo dueño del Franco Condado en tres semanas. El con-

(1) Llámase derecho de *devolución* una costumbre particular de estas comarcas, según la cual si un viudo ó viuda teniendo hijos pasa á segundas nupcias, la propiedad de sus inmuebles era *devuelta* á los hijos del primer matrimonio, de suerte que el padre ó la madre solamente conservaba durante su vida el usufructo de ellos. Siendo María Teresa del primer matrimonio de Felipe IV, Luis XIV sostuvo sus derechos contra Carlos II, que era del segundo matrimonio.

sejo de España, indignado de una sumisión tan pronta, escribía al gobernador que el rey de Francia hubiera debido enviar á sus lacayos para tomar posesión de este país en lugar de ir en persona.

Tratado de Aquisgran (1668). La Europa, asustada de estos rápidos triunfos, se coaligó para detener la fortuna de la Francia. Juan de Witt, que entonces estaba á la cabeza de los Países Bajos, temiendo tener á los Franceses por vecinos, se hizo el promotor de esta liga. La Inglaterra y la Suecia entraron en ella porque participaban de los temores de los Holandeses. Esta *triple alianza* fue firmada en el Haya el 23 de enero de 1668. Luis XIV, en lugar de resistir á tantos enemigos, propuso la paz. Un vecino de Amsterdam dictó las condiciones de ella; la Francia había de devolver el Franco Condado y conservar la Flandes. El rey consintió en ello sin manifestar su descontento; pero desde este momento alimentó en lo interior de su corazón un secreto deseo de venganza contra la Holanda.

§ III. Desde la paz de Aquisgran hasta la de Nimega (1668-1679).

Preparativos de la guerra contra la Holanda (1668-1672). Luis XIV, esperando el momento propicio, cubría la Francia de inmensos y magníficos edificios, fomentaba las artes, las ciencias y las letras, y creaba una marina formidable. La de los Holandeses se había aniquilado en las guerras que sostuvieron contra los Ingleses, y en breve los Franceses se encontraron bastante fuertes para disputarles el imperio del mar. Para colmo de desgracia, la república estaba en aquel momento dividida en dos partidos: los republicanos austeros, que tenían por gefes á los Witt y al almirante Ruyter; y los republicanos mitigados, los partidarios del joven príncipe de Orange Guillermo III, que reclamaban en su favor el restablecimiento del estatuderato. Luis XIV no se contentó con irritar estas divisiones; quiso todavía, antes de atacarla, pri-

var á este desgraciado pais de todo socorro exterior. Con este objeto envió á su hermana la duquesa de Orleans para comprar la alianza del débil Carlos II á fuerza de oro, y encadenar de este modo á la Inglaterra. Leopoldo de Austria no era entonces de temer. Una guerra con los Turcos le detenía en Ungría. El rey de España era un niño, y su reino estaba demasiado aniquilado para causar inquietudes. La pequeña nacion que habia tenido la insolencia de burlarse del sol de Luis XIV haciendo acuñar monedas con esta leyenda: *Stetit sol in medio caeli*, quizá iba á pagar con la vida esta baladronada. El ministro de la guerra, el salvaje Louvois, la arruinó de antemano, comprando en nombre del rey, su señor, todas las municiones de guerra que se encontraban en sus almacenes.

Primeras hostilidades (1672). El éxito no podia ser dudoso. Habiéndose puesto á la cabeza del ejército Turena y Condé, pasaron el Rhin, diga lo que quiera Boileau, sin gran peligro, y encontraron un pais tan mal defendido y mal guardado, que se apoderaron de todas las ciudades sin experimentar resistencia. *Si V. quiere enviarme 50 caballos*, escribia á Turena un oficial llamado Mazel, *podré tomar con ellos dos ó tres plazas.* Turena y Condé querian que se marchase en seguida contra Amsterdam, sin dividir el ejército, diseminándolo en las ciudades tomadas. Louvois y Luis XIV fueron de contraria opinion. Obedecieron las órdenes del rey, y la Holanda se salvó.

Restablecimiento del estatuderato (1672). Este pobre pueblo, exasperado por el triunfo de los Franceses, volvió los ojos al príncipe de Orange, restableció el estatuderato y degolló á los Witt, á quienes imputaba sus desgracias. En el primer momento de apuro, el almirante Ruyter, á pesar de todos sus servicios, estuvo para ser víctima del furor de sus conciudadanos. Por lo demas, la república se hallaba próxima á sucumbir. Quería arrojarse al mar, darse á la vela para Batavia, y separarse así del número de las naciones europeas. Ya se contaban las familias que podrian embarcarse, cuando el genio inflexible y austero de Guillermo anunció la victoria,

si querian obedecerle. Lo prometieron todos, y vél olvió á su pais, cubriéndole con las aguas de aquel mismo mar que hacia su gloria y su fortuna.

Nueva coalicion contra la Francia (1673). Cuando el príncipe de Orange se hizo inaccesible de este modo á las tropas de Luis XIV, su hábil política formó contra la Francia una vasta coalicion. Insistiendo enérgicamente sobre la ambicion y el poder del rey de Francia, hizo creer al emperador y al rey de España que les interesaba protegerle. La Inglaterra murmuró por su parte contra la indolencia de su soberano, y Carlos II rompió tambien con Luis XIV, de modo que la Francia se vió atacada por toda la Europa (1674).

Turena y Condé (1674-1676). Como las rentas estaban bien administradas, se encontraron con grandes recursos. Turena fue enviado con 23,000 hombres contra los imperiales; Condé recibió 40,000 para oponerse al príncipe de Orange; colocaron un cuerpo de ejército en las fronteras del Rosillon, y una escuadra recibió el encargo de trasportar soldados á Mesina para arrojar á los Españoles de Sicilia. El rey marchó en persona contra el Franco Condado, y los conquistó en seis semanas (1674). Turena desplegó sobre el Rhin todos los secretos de su ciencia militar, derrotó á los enemigos en Seintzheim y en Lademburgo, volvió á pasar el Rhin para dar á su ejército algun descanso, é invadió segunda vez el Palatinado. Cometió la falta de ejecutar las órdenes bárbaras de Louvois, saqueando y quemándolo todo en este desgraciado pais. Algunos meses despues se distinguió de nuevo con tres grandes victorias en Ensheim, Mulhausen y Turkheim, y su nombre era la gloria de la Francia y la admiracion de la Europa, cuando fue muerto por una bala de cañon cerca de Saltzbach (1675). Los soldados y el pueblo le lloraron, y Luis XIV hizo depositar su cuerpo en las tumbas de los reyes, como en otro tiempo al valiente *du Guesclin*.

Condé no alcanzó tanta gloria como Turena en esta última campaña. Habiendo encontrado al príncipe de Orange en Senef, los dos ejércitos, despues de haber tenido pérdidas aproximadamente iguales, se atribuyeron la victoria, y se cantó el

Te Deum en los dos campos (1674). Pero despues de la muerte de Turena, habiéndose dejado bafir su sucesor el mariscal de Crequi por Montecúculi, Condé, sin dar batalla, frustró los planes del general alemán por el arte de sus campamentos, y le obligó á repasar el Rhin. Esta fue la última hazaña de este héroe. Atormentado por la gota, se retiró á su magnífico palacio de Chantilly, en donde pasó el resto de sus dias en medio de los recreos del estudio y de los consuelos de la piedad (1675).

Crequi y Luxemburgo (1675-1678). La pérdida de estos dos grandes hombres no detuvo los progresos del ejército francés. Crequi, que reemplazaba á Turena, habia experimentado en verdad una derrota en Consarbruck; pero bien pronto recuperó esta primera imprudencia por una multitud de victorias en Lorena y en Alsacia. Luxemburgo, que sucedió á Condé, derrotó por su parte al príncipe de Orange en Mont-Cassel, adonde el hermano del rey dió pruebas de un heroico valor. Luis XIV tomó en persona á Condé, Bouchain, Valenciennes y Cambrai (1676-1677). En el curso de estos brillantes triunfos supo que la flota que habia enviado á Mesina bajo las órdenes de Duquesne batió á las fuerzas combinadas de los Españoles y Holandeses, y que el almirante Ruyter fue muerto enfrente del Etna (1676). Su generosidad le hizo derramar lágrimas por aquel guerrero magnánimo, y dijo llorando que no podia ser insensible á la pérdida de un grande hombre.

Tratado de Nimega (1678-1679). La Francia se agotaba á pesar de tantas victorias. Habia sido necesario publicar la convocacion de los nobles que tenian feudos, ese último vestigio de las milicias feudales, y Colbert hablaba de dar su dimision si la guerra continuaba por mas tiempo. Las demas naciones estaban todavia mas apuradas que la Francia. Entonces Luis XIV dictó sus condiciones, y dió seis semanas á sus enemigos para firmar la paz. Firmáronla en efecto, y este tratado fue llamado *el tratado de Nimega*, por el lugar en que se celebró el congreso. La Holanda fue la única que nada perdió; se le devolvió á Maestricht; los Españoles recupera-

ron á Charleroi, Courtrai, Oudenarda, Ast, Sante y Limburgo; la Francia conservó la mayor parte de Flandes y todo el Franco Condado. La Alemania, que no ratificó el tratado sino el 5 de febrero de 1679, cedió Friburgo, sin poder obtener el restablecimiento del duque de Lorena en sus Estados. La Suecia, aliada de la Francia, recobró todo lo que la Dinamarca le habia usurpado; el elector de Brandeburgo devolvió la Pomerania, y el duque de Holstein entró en sus Estados.

§ IV. Desde el tratado de Nimega hasta la guerra de sucesion de España (1679-1700).

Gloria de Luis XIV (1678-1685). El gran reinado de Luis XIV habia llegado á su apogeo. La voluntad de este príncipe daba la ley en toda la Europa. Todo se inclinaba delante de él; sus súbditos le apellidaron Grande, y el duque de la Feuillade se hizo el sacristan de su gloria conservando un cirio encendido delante de su estatua. Seguro de su poder, principió á comentar á su modo el tratado de Nimega, y bajo pretexto que habia de gozar de todo lo que en otro tiempo perteneció á los países que le habian cedido, se apoderó sucesivamente de los ducados de Veldentz y de dos Puentes, de los principados de Saarbruck, de Saawerden y de Montbelliard, de las ciudades de Estrasburgo, de Dixmuda y de Luxemburgo. Al mismo tiempo aumentó su marina, profundizó los puertos de Tolon, de Dunkerque y del Havre, y domó la naturaleza por un victorioso ensayo en Rochefort. La piratería infestaba el Mediterráneo y el Océano, envió á Duquesne para destruir á los piratas y para bombardear á Argel, Túnez y Trípoli, sus guaridas. Habiendo tenido Génova la audacia de vender á los Argelinos bombas y municiones de guerra, Luis XIV pidió satisfacion á la república, y al saber su desdeñosa negativa mandó á Duquesne que la bombardeara.

Mientras que en el exterior infundia así el terror del nombre francés, el interior del reino se llenaba de fortalezas. Hunin-